

Editorial

Dejar de ir de una vez a las certezas. Articular y rearticular las miradas más allá de los regímenes impuestos a nuestros ojos, asumiendo que en el centro de las imágenes que observamos y recortamos no hay punto de fuga. Probablemente tampoco centro y tampoco fuga.

Convivir con el vacío y el horror al vacío en un panorama en el que los valores y creencias que conformaron al homo modernus como especie cultural (la mano invisible, la racionalidad económica, el imperativo tecnológico, el culto de la eficiencia) se abisman en su irremediable obsolescencia.

Dentro de éste escenario de crisis, pensar en las transformaciones de nuestra sociedad planetaria se presenta como una tarea imprescindible. El clima de época, por la dimensión cualitativa y cuantitativa de cambios permanentes e interactivos, por la aceleración ante la cual nuestros mapas cognitivos se muestran no del todo preparados para captarla, y la multiplicidad de miradas reinstalan la visibilidad de los objetos aberrantes más allá de los designios cartesianos.

Dentro de éste cóctel de vértigo y aceleración se trata de englobar, aunque todavía no llegamos a digerir del todo, la crisis generalizada, de los modelos organizacionales, la crisis de los Estados nacionales ocasionada por: las ebulliciones de los racismos y nacionalismos, el resurgimiento de los particularismos y los cambios de escala, y la cada vez más borrosa frontera y connivencia entre naturaleza y artificio, todo esto digitalizado para su circulación planetaria a través de los fugaces flujos informativos que transmiten en tiempo real.

En éste escenario mundial donde vemos circular un desfile con máscaras obsoletas, otras putrefactas, otras medio hacer, y algunos vacíos sin máscara, tal vez, sin cara y cegados por la ilusión de las objetividades, transcurrimos cotidianamente.

Frente a este conjunto de profundos desafíos precedentes históricos, es necesario armarnos y desarmarnos intelectualmente para afrontar y navegar en situaciones que nos desestructuran y nos estructuran dinámicamente.

Para ello es necesario no perder de vista dos palabras clave: ambivalencia e incertidumbre y aceptar los desafíos, porque conformarnos con un mero diagnóstico de las características de lo que a falta de mejores etiquetas se denomina, Posmodernidad, Sociedad de Riesgo, Sociedad Post-Industrial, etc. probablemente sea una receta a medida para paralizarnos.

Para ello es necesario recuperar para la toma de decisiones la ambivalencia y la incertidumbre como puntos de partida, abandonando la óptica del orden, la versión unidimensional de la racionalización occidental, para integrar lo subjetivo, lo social, lo ambiguo, lo incierto, lo contingente y lo contextual, que nos permita re-ligarnos subjetiva y colectivamente.

Probablemente necesitemos de una religión de tercer tipo que se diferencia de la religión de dios (ses) de primer tipo y de las religiones sin dioses que se ignoraban como tales (Estado – nación, razón, ciencia, etc.), de segundo tipo.

Aquí se trata, en cambio, de una religión en el sentido literal del término religión, es decir, religar, volver a ligar, unir. Se trata de una religión abierta sobre el abismo que promueve el diálogo con la ambivalencia y asuma a la incertidumbre como punto de partida para convivir en una sucesión de acontecimientos no lineales ni vinculados ontológicamente entre sí.

El Director